





TESTIMONIO

DRA. PAULA PELÁEZ: FUENTE INAGOTABLE DE OPTIMISMO

A los noventa y dos años, la endocrinóloga juvenil y especialista en sexualidad humana se niega a dejar de trabajar. Semana tras semana atiende a un sinnúmero de adolescentes, da conferencias, asiste a cursos o participa del movimiento Scout, al que pertenece. Los domingos, el habitual silencio de su casa se transforma en jolgorio gracias a la visita de hijos y nietos postizos.



Jacqueline Hott D.
Profesora
Facultad de Periodismo
Universidad Finis Terrae

Nueve de la mañana. Como cada martes y jueves, la doctora Paula Peláez se instala en su oficina del Centro de Atención Integral de Adolescencia (CAIA), en la comuna de Ñuñoa, del cual es presidenta. Afuera llueve a cántaros. Personas bastante menores que ella se acobardan con el aguacero, pero no esta mujer cuya marca de fábrica es la sonrisa —o la franca carcajada— y su pelo tomado en un moño.

Un grupo de estudiantes secundarios —muchos acompañados de sus madres— la esperan para contarle sus problemas a ella o a alguno de los veinticinco médicos, sicólogos, profesores y asistentes sociales —todos *ad honorem*— que los atienden gratuitamente.

Hace veintidós años nació CAIA, dependiente de Coratad (Corporación de Atención al Adolescente). “Mi sueño era tener un lugar donde darles a los jóvenes atención integral: cuerpo y mente”, cuenta la doctora Peláez. “En junio de 1982, y gracias a la gestión del entonces prorector de la Universidad de Chile, Marino Pizarro, y su esposa, Elena Martínez, se logró un comodato y la construcción del local que ocupamos actualmente. Nuestra especialidad es la prevención de problemas y la promoción de la salud”. Agrega que el Centro no habría sobrevivido sin la ayuda económica de la

Municipalidad de Ñuñoa. Hoy, pese a ese apoyo, arrastra un tremendo déficit.

Allí se recibe semanalmente a un promedio de cuarenta alumnos de seis liceos de la comuna, quienes llegan enviados por algún profesor. Son jóvenes de ambos sexos con variados desórdenes conductuales, desde bajo rendimiento hasta intentos de suicidio. “En los consultorios públicos no hay cabida para los adolescentes porque a los quince años pasan a la categoría de adultos. Estaban y siguen estando en tierra de nadie”, explica Paula Peláez. De ahí el título del último de sus libros,¹ otro más sobre el tema al que ha dedicado su vida: los adolescentes.

¿Cuáles son los casos más frecuentes que recibe el Centro?

Trastornos derivados de la “tormenta hormonal”. Chicos que no saben cómo enfrentar los enormes cambios físicos y emocionales y comienzan a hacer la cimarra, no quieren seguir en el colegio, bajan sus notas. Detrás de eso hay algo que no funciona bien y nuestra misión es descubrir la causa y darles un tratamiento. Se les hace una entrevista inicial y un examen médico completo: los medimos, los pesamos, les controlamos vista y oído. Ellos mismos llenan una ficha, en la que anotan sus datos y se autoevalúan. Luego los derivamos al profesional que corresponde.

No es fácil ganarse la confianza del joven. A las primeras sesiones en general va a regañadientes, sólo por obligación del colegio o tironeado por su madre. “Yo no sé por qué estoy aquí”, es casi siempre su primera frase. La vasta experiencia de los integrantes de CAIA hace que, poco a poco, la reticencia se transforme en agradecimiento y vayan desapareciendo las anotaciones escolares y los castigos. ¿Cómo se logra? “Al principio los veía tan indefensos que para enganchar con ellos les hacía ‘nanay’, les sonreía; con el tiempo he cambiado de táctica” —cuenta la doctora como revelando un secreto—. Si veo una cara larga, le digo ‘¿no quieres que te examine?, qué bueno, así me desocupo antes’ y le abro la puerta para que salga. Ahí se devuelve, porque sin el papelito firmado no lo aceptan en el colegio. Entonces me siento a su lado —no al frente—, y le pongo la mano sobre el hombro: ‘Ya, ahora aquí, entre nosotros, cuéntame la firme’. La semana pasada vino un cabro con un tatuaje de una garra de halcón en el brazo. Lo tenía inflamado. Lo miré y le dije ¡qué lindo, qué bien combinados los colores! —¿Le gusta?—, me preguntó asombrado el chiquillo. Y de a poco fue soltando que estaba súper preocupado porque le dolía, se le había hinchado. Listo el enganche —me dije—. Mientras le palpaba el ganglio

bajo la axila fueron saliendo otros problemas, como su desmotivación. Nada lo entusiasmaba salvo el carrete y los amigos”.

Paula destina una hora, si es necesario, para conversar con cada adolescente. Les habla en su lenguaje y con esa voz campechana que la caracteriza: “Veo que has bajado las notas y por tu ficha creo que eres harto inteligente.

¿Tienes algún rollo en tu casa, en el colegio?”. Pronto el joven olvida que está frente a un médico y se desahoga. Luego viene el turno de la madre. “Le explico en palabras sencillas qué le pasa a su hijo”, señala la doctora.

¿Cómo surgió su interés por los adolescentes?

Mi juventud fue triste —dice cruzando sus manos largas y manchadas por la edad—. A los quince años murió mi mamá, y mi padre, un español bastante cerrado, nos impuso a mí y a mis cinco hermanas un luto riguroso. Se entornaron las ventanas, nos vistieron de negro y durante un año el piano permaneció cerrado.

El alejamiento de la música acrecentó su melancolía. Desde los doce años Paula era la pianista reemplazante en el cine mudo administrado por su padre. “Para las escenas románticas o tristes interpretaba *El sueño de un ángel*, y para las de acción o de pistoleros, una marcha

rápida con acordes tiritones”, cuenta, y los ojos le brillan.

Con la ausencia de su madre, “una mujer que irradiaba alegría”, sus calificaciones empezaron a bajar, cosa que nadie notó salvo su profesora de francés. “Me invitó a su casa y con gran tino comenzó a preguntarme qué me pasaba. Ella comprendió que yo no había hecho el duelo. De a poco, con su ayuda, comencé a repuntar”. Y tanto mejoró, que antes de terminar su enseñanza secundaria supo que quería ser médico. “¿Medicina?”, exclamó escandalizado don Tomás Peláez. “Eso no es para señoritas. Estudiarás Pedagogía”. Entre risas Paula relata: “Lo que a mi padre le parecía inconcebible era que me enfrentara a cadáveres ‘piluchos’”. No obstante, venció la oposición paterna y a principios de 1939 Paula Peláez Gómez recibió su título de Médico Cirujano especializada en endocrinología.

Primer ingeniero

Poco antes de recibirse, y aún no completamente recuperada de una peritonitis que la dejó estéril, Paula se casó con Pedro Álvarez Alborno, ingeniero a cargo de las obras de Vialidad en Chillán. Hasta esa ciudad llegó la joven e inexperta doctora, sin sospechar que debería enfrentarse a su vida profesional de la manera más dura: “El terremoto de 1939, el más devastador de nuestra

historia, nos pilló recién instalados. Lo perdimos todo, incluyendo el viejo piano que me acompañaba desde la infancia –relata-. La ciudad en el suelo, sin agua potable, sin medicamentos, sin dónde atender. Pensé que lo mejor sería ubicar un consultorio en plena Plaza de Armas” –cuenta-. Con la ayuda de profesores levantó una mediagua y construyó bancos y mesas. En un par de días cientos de niños desfilaban por ese precario centro asistencial. “Aún me conmueve recordar a esos chiquillos, muchos de ellos huérfanos, cuyo almuerzo consistía en harina tostada, azúcar y agua fría”. Pasada la emergencia, consiguió un local algo más sólido y retomó su cargo de médico escolar.

¿Cómo se las arreglaba sin los elementos de diagnóstico actuales?

Observando, escuchando, palpando. Me di cuenta de que un gran porcentaje de las consultas no correspondía a una patología endocrina –mi especialidad–, sino a variantes normales del desarrollo integral del adolescente. Si encontraba alguna alteración severa, citaba a los padres para recoger más antecedentes. Hoy puedo saber si una joven sufre de ovario poliquístico con sólo mirar su vello pubiano.

Pero es innegable que la tecnología ha contribuido a la medicina.

Has tocado un tema interesante. Hace unos meses me quebré un pie y me llevaron a una clínica privada. Al traumatólogo casi no lo vi; los médicos de hoy se entienden más con la máquina que con el enfermo. Mi impresión es que la superespecialización va contra el contacto personal. Un médico, sea de la especialidad que sea, debe observar al paciente, mirarle los ojos, la piel, la actitud, imaginar qué hay más allá de los síntomas. Esa la medicina integral. El dolor de espalda que describe el enfermo puede ser una discopatía o simplemente mala postura al sentarse. La tecnología apoya en el diagnóstico, pero, ¿qué pasa con las causas que llevaron a desarrollar la enfermedad? El traumatólogo que recibe a un viejo con una fractura, ¿se pregunta por qué se cayó? A lo mejor hay cataratas, osteoporosis, un principio de Parkinson...

Es decir, el desarrollo tecnológico exagerado tiene una doble faz...

Hay cosas, como la intervención genética, que me preocupan bastante. El hombre moderno es tan tonto como para destruir su hábitat, ha perdido el concepto de organización de la manada, de solidaridad del grupo.

¿Cree que eso se puede revertir?

No, esto es imparable, la ciencia es imparable. Nos

seguiremos llenando de maquinitas. Ya no hablamos con una persona, lo hacemos con un contestador telefónico. Yo nunca tendré un aparato de esos.

Volviendo a su vida en Chillán, ¿qué recuerdos perduran?

Fueron quizás los momentos más felices de mi vida. Aparte de un intenso y satisfactorio trabajo en consultorios para niños, con el Mono –mi marido– esquiábamos o hacíamos excursiones montaña adentro. Lamenté mucho que luego de cinco años allá a Pedro lo llamaran a Santiago a hacerse cargo de la construcción del túnel Lo Prado.

La difícil adolescencia

De vuelta en la capital, Paula Peláez se licenció en Salud Pública y continuó sus investigaciones sobre el adolescente. Dividió su jornada entre hospitales y escuelas, y en pocos años era reconocida como autoridad en la materia. Se fueron sucediendo viajes, congresos, y premios. Desarrolló cursos, dictó seminarios, formó parte de sociedades científicas chilenas y extranjeras. Y escribió algunos de los libros más consultados sobre adolescencia. Su currículum actual, de más de catorce carillas, da cuenta de una profesional que jamás ha perdido el interés por aprender y enseñar.

Hasta hace un par de décadas no se hablaba de depresión juvenil. ¿Acaso no existía?

¡Yo misma la sufrí! No se la diagnosticaba, no más.

Pero parece haber aumentado.

Es muy posible. Padres estresados, confundidos, poca comunicación, ¿resulta- do?; hijos con desajustes emocionales.

¿Cuál es, según usted, la causa principal de la depresión juvenil?

En general tiene su raíz en la familia: separación de los padres, cesantía de uno o de ambos, falta de comprensión hacia ese hijo que de pronto cambia, se encierra, rechaza a sus mayores. También influyen en gran medida los conflictos amorosos. Pero luego de trabajar toda una vida con jóvenes puedo asegurar que la fuente más importante de sufrimiento es la falta de autoestima. Y ese es el primer paso hacia la depresión, el alcohol y las drogas.

Es decir, la familia es determinante.

La autoestima familiar, al igual que la social y la escolar, son percepciones positivas o negativas. Un niño golpeado, un niño que se siente menos querido que su hermano, padres que lo descalifican, hogares en los cuales hay gritos y peleas, sin duda son factores que bajan

la autoestima. No te imaginas la cantidad de veces que escucho, “doctora, mis papás dicen que me quieren mucho, pero nunca tienen tiempo para mí”. Esos padres, ¿conocen y comparten los gustos e intereses de sus hijos? Por otro lado, quien ha crecido en un ambiente alegre, en el que le celebran sus logros, será un adulto seguro de sí mismo.

Objetivamente, la vida de los padres hoy es más difícil

Por cierto. Los valores de la sociedad actual —consumismo, individualismo, competitividad— atentan contra una familia bien estructurada. Las exigencias son mayores para todos. Por eso insisto en que hay que darse tiempo para escuchar sin juzgar, enseñarles a los hijos ¡con el ejemplo! a tener una actitud empática, demostrarles con gestos y con hechos que se los quiere incondicionalmente. Ser adolescente hoy es más difícil que antaño.

¿En qué sentido?

Antes se marcaban los límites y eso, aunque suene contradictorio, da seguridad. El *laissez faire* —que es la respuesta de padres agobiados, con problemas propios— desconcierta al adolescente. En todo hogar se agradece la disciplina, término que viene de “discípulo” y que significa instruir, educar, capacitar. Entregar valores, en buenas cuentas.

Y el rol del colegio...

Yo me pregunto cuántas escuelas llevan a cabo programas tendientes a desarrollar las habilidades sociales de los jóvenes, si los estimulan a tomar decisiones, a ser asertivos. La baja autoestima escolar es también un detonante de síntomas depresivos.

Se habla mucho de déficit atencional en niños pequeños. ¿Ese síndrome tiene alguna relación con problemas posteriores?

Mira, tiempo atrás llegó al Centro un niño de trece años calificado de limítrofe y con diagnóstico de déficit atencional. Le hicimos otra evaluación y descubrimos que era normal. Yo trabajé con él un par de años y luego desapareció, hasta que un día llegó orgulloso a mostrarme su Licencia Secundaria. La evolución de este cuadro depende de cómo se lo enfoque. Me sorprende la cantidad de niños derivados a la consulta por esta causa; incluso se habla de la generación de “niños Ritalín”, por la droga usada en el tratamiento. A estos niños a menudo se los estigmatiza y eso se arrastra a la adolescencia, queda como un telón de fondo amargo. Les costará manejar la expresión de sus emociones, sobre todo la rabia.

¿Cómo se trata una depresión juvenil?

Primero, buscando las causas.

El adolescente es alguien que adolece, que padece cambios físicos y emocionales, inestabilidad, angustia, conflictos de identidad. Está en un período de transición en que quiere romper los lazos de dependencia. Eso lo experimentan todos. Y si a esta crisis agregamos alguna otra dificultad, puede aparecer una depresión.

¿Qué pasa con los fármacos?

En ocasiones están indicados los antidepresivos o los ansiolíticos, pero existe el riesgo que el joven siga tomándolos más allá de lo recomendado. No es bueno que piense que cualquier problema se pasa con una pildorita. André Maurois comparaba la adolescencia con “nadar contra la corriente en un mar tempestuoso”. El que alcanza la orilla saldrá fortalecido.

¿Qué deben hacer quienes rodean al niño deprimido?

Darle afecto, cariño. Eso es esencial para crecer emocionalmente. Y aquí quiero citar las experiencias de los etólogos, quienes estudian las diferencias de comportamiento de animales en libertad y en cautiverio. En Estados Unidos el Dr. Harlow hizo experimentos con monas criadas en jaulas, solitarias. Estas monas rechazaron a los machos. Fueron inseminadas artificialmente y también rechazaron a sus crías. Es decir, se volvieron

neuróticas. Eso mismo les ocurre a muchos seres humanos en esta sociedad alienante.

Los profesores tienen una gran responsabilidad frente a un niño con problemas conductuales.

Algo que alimentó mi pasión por los escolares en conflicto fue, precisamente, trabajar codo a codo con profesores con verdadera vocación. Generalmente son ellos los primeros en detectar que algo no anda bien, se comunican con los padres y los derivan al consultorio. ¡Pero a consultorios de adultos, donde, para peor, el médico debe atender a seis o más personas por hora!

Usted habla de darles afecto. ¿Qué pasa con la sobreprotección?

Es tan dañina como la falta de cariño. Los padres sobreprotectores impiden que su hijo supere la adolescencia. Ese niño tendrá dificultad para asumir responsabilidades y presentará una inmadurez emocional.

Me imagino que al Centro también llegan casos de anorexia y bulimia.

Sí, pero asociadas a otras disfunciones, escondidas y muchas veces negadas. La anorexia nerviosa —o ‘nervosa’— es una enfermedad grave, puede llevar a la muerte. Hay una alteración psicopática de la autoimagen. Aunque la persona —general-

mente muchachitas— pese 35 kilos, se encuentra gorda; es un cuadro descrito como “delirio de belleza”. Desaparece el apetito, no come nada. Si la obligan, vomita. Así va perdiendo masa muscular, proteínas, calcio, potasio... se produce un desequilibrio metabólico a veces irreversible. Es imperativo hospitalizarla.

¿Algo similar ocurre con la bulimia?

Son dos enfermedades distintas, aunque a menudo concomitantes. La bulímica no pierde el apetito, como la anoréxica. Sufre una compulsión hacia ciertos alimentos y luego se provoca el vómito, abusa de laxantes y hace ejercicios físicos excesivos para bajar de peso. No es tan grave como la anorexia, pero es más frecuente. Ante cualquiera de estos cuadros, se elabora una historia en busca de síntomas depresivos o cualquier disfunción familiar sería. Hay que averiguar con la madre los hábitos alimentarios. A veces son ellas mismas las que generan la bulimia al atosigar al niño desde la cuna con dulces, pasteles, comida chatarra. Junto con los familiares se hace un plan de alimentación. En el caso de la anorexia, lo más difícil es lograr que la paciente reconozca que está enferma.

Sobre todo frente a los padres, ¿verdad?

Cerrarse como ostra es parte

del proceso de independencia. No hay que forzarlo a contar su problema, sino hablarle de cosas que a él le interesan; de a poco irán saliendo sus palabras. Es preciso tener paciencia con este ser lleno de inseguridades, que oye frases contradictorias como “eres muy chico para...” y en seguida “ya estás grandecito como para saber...”. Mi consejo: boca chica, orejas grandes. Escuchar sin criticar. Los padres tienen memoria frágil y no recuerdan cuando ellos se paraban desafiantes frente a sus mayores, se mostraban prepotentes, lo que no es otra cosa que una manera de esconder la inseguridad.

Cómo califica usted la influencia de la televisión en los jóvenes.

A cada rato escucho a adolescentes decir, “para qué voy a estudiar si yendo a un *reality show* me haré famoso y millonario”. Lo quieren todo ya, ahora, y la televisión ofrece modelos de éxito instantáneo —al menos así parecen—, además de agresividad y violencia. Me preocupa la progresiva disminución de la influencia paterna contra una mayor preponderancia del grupo de iguales y de los medios de comunicación.

Afortunada

Al tocar el timbre en el número 9081 de la calle Dunquerque, en la comuna de Las Condes, aparece la

doctora, alta y delgada, seguida por un perro Beagle, otro “salchicha” y uno de raza indefinida. Lucho, el gato, espera indiferente en su cojín al lado de la estufa. Paula le murmura unas palabras cariñosas a cada uno y con paso firme muestra el camino hacia el comedor, su lugar de trabajo. Sobre la mesa hay rumas de papeles y libros y un atril improvisado para acercar las lecturas. Una maculopatía en ambos ojos le impide ver con claridad.

En esa casa, amplia y soleada, construida en 1963 por Pedro Álvarez cuando el barrio era un peladero, hoy viven Paula, su hermana Ernestina y Paty, la nana desde hace más de veintiséis años. Aquí, cuatro décadas atrás, la doctora recibió a su pequeño sobrino Miguel Comejo —hoy médico geriatra— al borde de la muerte. Padecía de enfermedad celíaca, supieron después. En Concepción, donde vivía con sus padres, no podían sanarlo. Al año llegó Andrea, y ambos niños se fueron quedando y quedando con Paula hasta que se casaron. Con toda propiedad la llaman Mami y le han dado varios nietos.

Paula no niega que alguna vez tuvo miedo a envejecer. “Pero no dejaba de ser atrayente la posibilidad de desafiar con dignidad esa etapa que se me venía encima —relata—. Con el tiempo confirmé mi teoría: hay





individuos que nacen viejos y viejos que mueren jóvenes”.

Usted forma una categoría diferente. Nunca será vieja...

¿Tú crees? –pregunta con un dejo de coquetería—. A veces me siento anciana.

En su libro Soy una vieja afortunada² usted agradece por lo que tiene y también por lo que no tiene.

Poseo una tremenda fe en Dios y le agradezco que, a los 92 años, todavía escucho perfectamente, no tengo reumatismo ni artritis y cada mañana me levanto con ganas de trabajar. Trato de mantener activas las células cerebrales y para eso al cumplir los setenta decidí aprender japonés y me compré un piano electrónico. Lo único que me deprime es no poder leer.

La sociedad no ayuda mucho a los de la tercera edad.

No sólo no los ayuda sino que les pone todo tipo de obstáculos. La persona capta ese rechazo que, agregado a su deterioro físico, la hace percibirse como un ser inútil. El mundo se le cierra, reaparece la inseguridad que tuvo cuando adolescente. Se pregunta qué hizo con su vida, qué le espera. El reino animal, mucho más sabio, protege al más viejo del grupo porque es quien advierte el peligro, quien guía a la manada hacia el alimento.

Qué consejos sencillos les puede dar a los mayores.

En mi libro *Su mensaje optimista*³ dedico todo un capítulo a esa etapa. Ahí explico cómo yo me negué a convertirme en vieja-vieja. Me propuse caminar erguida, no echarle la culpa a otros de cosas negativas que me ocurrían, decir “pudo haber sido peor” en vez de “¿qué terrible!”. También hice una lista de algunas tentaciones que nos desfavorecen: no explayarnos acerca de nuestras enfermedades; hablar poco. Si nos preguntan cómo estamos, no detallar lo que nos pasa, simplemente contestar “muy bien”; cuidar nuestra presentación personal. Y lo más importante: cultivar el sentido del humor, reírnos de nosotros mismos, de los convencionalismos ridículos que ya no tenemos por qué respetar.

Qué les diría a quienes están en contacto con personas de edad.

Que sigan el ejemplo del Padre Hurtado. Yo trabajé con él en el Hogar de Cristo y fui testigo de su felicidad al poder ayudar a un viejito, darle cariño, devolverle su dignidad. Por suerte veo que en este país se está desperdiciando la solidaridad. Las municipalidades han desarrollado programas especiales para infundir esperanza y entusiasmo en los mayores.

Usted es de esas personas

con las cuales no se pasan penas.

(Se ríe). Sí, trato de mantener el optimismo. En Estados Unidos existe la Sociedad Internacional de Estudio del Humor. Han descubierto que la risa tiene un efecto comparable al ejercicio aeróbico, fortalece la inmunidad y genera un aumento de las endorfinas.

En su casa tres perros y un gato circulan libremente. ¿Qué importancia le asigna a las mascotas?

—Desde niña me crié con perros y gatos, y nunca he dejado de tenerlos. Ayudan a sobrellevar la soledad, el principal problema de los viejos. Varios estudios revelan que los adultos mayores con mascotas presentan una mayor sobrevivencia.

En muchas partes no admiten animales.

Existen alternativas como los pajaritos o las flores. Hace un par de años leí sobre un asilo de ancianos en Santiago donde cada residente recibió una plantita con la recomendación de cuidarla con amor. Se comprobó en ellos un aumento de la alegría de vivir.

¿Qué le molesta de la actitud de la gente joven hacia los viejos?

Su trato paternalista. Recuerdo una conferencia sobre la vejez donde el expositor nos anunció con lujo de detalles

la cantidad de neuronas que perdíamos semanalmente; las cataratas, la atrofia de las papilas gustatorias, la necesidad de usar bastón para prevenir caídas. Te confieso que salí de esa reunión mucho más vieja de lo que entré. Ah!, y otra cosa. No me importa que me traten de vieja con un apellido poco elegante, pero no soporto que un perfecto desconocido me llame “abuelita”.

Segundo ingeniero

En la parte posterior de su casa y frente a una piscina ovalada, está la que fuera su consulta particular. “Hoy la habitan sólo ratones”, dice descorriendo las cortinas y soplando el polvo acumulado sobre sus numerosos premios, galvanos, condecoraciones y títulos. “Me aconsejan vender esta propiedad y mudarme a un departamento. La verdad es que carezco de medios económicos para mantenerla, pero aquí están todos mis recuerdos”, suspira.

Después de la inesperada muerte de Pedro, ocurrida en Estados Unidos por un error médico, Paula, de 52 años, cayó en un estado depresivo. Habían sido casi tres décadas de permanente alegría, de viajes, de un amor a toda prueba. Pero luego de llorar hasta quedar exhausta se echó las penas a la espalda y solicitó una beca de un año a la Organización Panamericana de la Salud para conocer programas de adolescencia

en Estados Unidos y algunos países de Europa. Pasó la Navidad en Jerusalén y culminó su viaje en Egipto. Después de un breve período en Chile, volvió a partir, esta vez con un puesto de la Unesco en el Ministerio de Educación de la República de El Salvador. “Fueron tres años muy dolorosos. Vi a madres abandonar a sus guaguas en plena calle por no tener cómo alimentarlas. Poco se podía hacer por falta de recursos”.

En 1974 volvió a su patria a organizar un Centro de Adolescencia en el Área de Salud Norte. “En eso estaba cuando recibí una llamada telefónica de Juan Schwarze, a quien conocí en la escuela de Ingeniería, al mismo tiempo que a Pedro, y al que no veía desde ese entonces. Había enviudado y la soledad lo estaba matando”. Comenzaron a verse a menudo, hasta que una tarde, caminando por el barrio, él le confesó que estaba enamorado de ella y le pidió matrimonio. Paula al principio dudó pero luego le atrajo la idea de reanudar la rica experiencia de vivir en pareja. Aceptó, con una condición: que previamente se contaran las mañas y los achaques. “A mí me quedan siete dientes —confesó Juan—, ¿cuántos te quedan a ti?”.

Aunque poseía un gran sentido del humor, era algo formal, recuerda Paula. “No seas tan anticuado en tu trato, le dije un día, ¡mira que

presentarte como ‘servidor de usted’! A la siguiente reunión social, me miró con picardía y con un fuerte apretón de manos a los invitados fue saludando: Segundo ingeniero de Paula, a sus órdenes”. La feliz unión duró hasta la muerte de Juan, catorce años después.

Junto con ese reencuentro, que la doctora Peláez no duda en atribuir a su ángel de la guarda, vino otro episodio que marcó su vida. “Fue el minuto fatal bueno que torció mi trayectoria vital hacia otros caminos”, escribe en *Soy una vieja afortunada*.

¿Cómo es eso de fatal y bueno?

A fines de 1983 me despidieron por vieja de un consultorio del Servicio de Salud Occidente. Me echaron sin derecho a vacaciones, sin el pago de asignaciones y a través de una circular poco amable. Lo peor fue que la misma persona que firmó mi despedida me había entregado poco antes un Diploma de Honor “al mejor funcionario de su escalafón”. Me dolió mucho.

Ese debe ser el minuto fatal. ¿Y el bueno?

Pocos meses después recibí la visita de Gerardo González Erba, Comisionado General de la Asociación de Guías y Scouts de Chile. Venía a invitarme a la celebración del 75 aniversario del movimiento. Juan me empujó: “Con lo

inquieta que eres, te va a encantar", me dijo.

Tenía razón...

¡Por supuesto! Pero lo que yo no sabía era que me nombrarían presidenta nacional.

¿Y aceptó?

Acepté, de lo cual nunca me he arrepentido. Mi primer contacto con los niños fue a orillas del Calle Calle, en Valdivia. A medida que las patrullas se acercaban, recordé lo que postula el Análisis Transaccional: el niño que tenemos dentro será alegre o taimado, según como lo eduquemos. A ese encuentro maravilloso siguieron otros, a muchos de los cuales me acompañó mi marido. A veces pasábamos frío y hambre. "Parece Viernes Santo", reclamaba Juan cuando dormíamos en literas después de una cena de galletitas y té aguachento.

Aún participa en los Consejos Nacionales de los Scouts, que duran dos días, y recuerda con verdadero deleite el Jamboree Mundial de 1999, en San Francisco de Mostazal, donde se juntaron 32 mil integrantes. A esos amigos y hermanos está dedicado su libro *Soy una vieja afortunada*. Y de sus muchísimos premios, uno de los que más la enorgullece es el Lobo de Bronce, que recibió en 2001 a nombre de Chile en Bolivia, de manos del Secretario General de la Organización del Movimiento Scout Mundial, señor

Jaques Moreillon.

Después de una vida que no ha sido corta, qué reflexión puede entregar.

Encontré la paz de espíritu cuando tomé la decisión de cambiar un pensamiento negativo, que me molestaba, por otro positivo. Yo pensaba "perdono, pero me cuesta olvidar"; lo cambié por "aprendí a olvidar, por eso perdono".

¹ Peláez Paula. *Los adolescentes, ¿tierra de nadie?*, Santiago de Chile, 2004.

² Peláez G. Paula. *Soy una vieja afortunada*. Asociación de Guías y Scouts de Chile, Santiago de Chile, 1999.

³ Peláez G. Paula. *Su mensaje optimista*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1991.